

Escribe: JORGE ENRIQUE LEAL G.

Si quisiéramos resumir en un solo escritor, lo que significa la poesía colombiana; lo que ella ha aportado en belleza al caudal de la literatura universal; lo que pesa y vale dentro del concierto de las naciones, indudablemente no encontraremos un nombre más representativo, que el de Guillermo Valencia.

Y ello, aunque nos enfrentemos a la paradoja de un poeta que no pertenezca a ninguna escuela en particular, pero que las represente, con pródiga largueza, a casi todas.

Bien sabemos cómo, más con ánimo de polémica que de tributo a la verdad, y con un poco de injusticia y un mucho de culpable desconocimiento de su obra, se ha llegado a aseverar que en su poesía no alienta nada nacional; que no se cimienta sobre el pedestal de la emoción, que carece de sentimiento, y que es fría como los mismos mármoles eternos cantados en muchos de sus versos.

Estos conceptos, nacidos de un exagerado espíritu de análisis y de un insoportable deseo de ubicar al Maestro dentro del marco estrecho y asfixiante de determinados cenáculos literarios, bien pronto se desvanecen si se penetra, con ánimo desprevenido y aiento, por el amplio pórtico de su obra.

Con cuánta verdad y razón él dijo de sí mismo, en otra persona, que fue su vida un

“querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo”,

pero sin sujetarse a un molde prefabricado y rígido y sin seguir tras el estandarte de corifeo alguno, sino, bien por el contrario, asumiendo una arrogante actitud de independencia y haciendo tremolar al viento una enseña nueva, detrás de la cual muchos iban a formar legión.

Como Blanco Fombona, bien pudo afirmar que odiaba las escuelas, y como Amado Nervo, que escribía como le parecía dejándose llevar, únicamente, por aquel libérrimo **spiritus qui flat ubi vult**.

Irrumpió Valencia en las letras patrias cuando aún no se había borrado el asombro que produjo el exótico talento de Silva y cuando su desaparición prematura, auguraba para la poesía largos años de silencio y de luto.

Aún flotaban, preñados de ironía, los últimos versos de **Gotas amargas**; resonaban, con acordes nuevos, el **Día de difuntos**, **Vejece**, **Crepúsculo** y **Los maderos de San Juan**, y se partía hacia nuevas conquistas, como de un hito fúnebre, desde las propias cadencias del **Nocturno**.

D'Annunzio, Rimbaud, Verlaine, vagan por las estrofas del poeta desolado y el perfume enervante de las **Flores del mal**, presagia a la vuelta del camino el abismo insondable de una tumba trágica.

Con todo, no produce José Asunción en la literatura vernácula la renovación que sus cualidades dejaban entrever y nuestras letras, hartas por decirlo así de los antiguos ídolos, rompen las pautas de los modelos españoles, y se anuncian, pujantes y renovadoras dentro del más puro clasicismo castellano, con el acabado soneto,

DECADENCIA

En el paterno muro, condenada
de avaro olvido a la venganza muda,
al cordón polvoriento que la anuda
se enreda la panoplia abandonada.

Largo reposo aletargó la espada
y el casco viejo de cimera ruda;
lima el tiempo la daga que, desnuda,
contuvo al paladín de sien crinada.

¡Pasó la noble estirpe! ¡El hijo enclenque
trueca en establos lo que fue palenque,
las hojas de Damasco en asadores,

y ve impasible —pues luchar no pudo—
caer deshecho el abollado escudo
del orín a los tajos vencedores!

Y tras él, una serie de cantos máximos que lo muestran como el poeta ecléctico por excelencia: ya romántico, como en *Los camellos*, donde, bajo la tórrida cúpula que abraza el paisaje oriental

“Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoro de claros cascabeles,
alegran las miradas al rey de la fatiga”.

Ya acabado parnasiano, orfebre de joyas millonarias; artífice sin par de evocaciones de asombro, como la consagrada al Ciego inmortal:

HOMERO

Hasta el Olimpo que la Tierra llora
subió de tu cantar la melodía,
volando en el crepúsculo del día
con voz que a Grecia de laurel decora.

Avido fuego que la mies devora,
suelta de Aquiles la pasión bravía,
y los ojos de Eurímaco vidría
la saeta de Ulises vengadora.

Es un invierno tu cabeza. Mancha
un piélago de sombras el camino
que el ritmo puro de tu canto llena;

verde coròna tu perfil ensancha,
y vas, —manso cantor de lo divino,—
asido al brazo mórbido de Helena...

Ora simbolista y decadente, pero, como dice Alberto Duarte French en su exhaustivo estudio del Maestro, deteniéndose en la línea precisa que separa la originalidad de la enojosa extravagancia.

He aquí, si no, estos ejemplos que, infortunadamente, por urgencias de espacio, no transcribimos en su totalidad:

“Gasas de claridad amarillenta
la luna tiende por el circo mudo,
de pálido matiz un friso argenta,
pone toques de luz sobre un escudo;

y en el árido polvo del combate
donde reposa la falange inerte,
como una lluvia de piedad se abate
y acaricia los siervos de la Muerte,

que a deleitar del pueblo los antojos
y del César los bárbaros sentidos,
fueron —en el azul puestos los ojos—
cual rubio trigo del Señor, ¡molidos!

Allí, bajo la saña de las fieras,
la doncella sin par, el blondo niño
confundieron rizadas cabelleras
y frescas manos de color de armiño.

¿Quién los conocerá? De sus bellezas
no queda rastro; zarpas de leones
deshojaron la flor de sus cabezas,
y el cuervo devoró sus corazones”.

(De: En el Circo)

.....

“Símbolo fiel de artísticas locuras,
arrastrarán mi sueño eternamente
con sus remos que azotan las alturas,
con sus ojos que buscan el oriente.

Ellas, como la tribu desolada
que boga hacia el país de la quimera,
atravesan en mística bandada
en busca de amorosa primavera;

y no ven, —cual los pálidos cantores—
más allá de los agrios arenales,
gélidos musgos en lugar de flores
y en vez de abril, las noches invernales.

Encanecida raza de proscritos
la sien quemada por divino sello;
náufragos que perecen dando gritos
entre faros de fúlgido destello”.

(De: Cigüeñas Blancas)

.....

JOB

Alef

Como un viviente escombros de dolor,
en la noche medrosa
se tuerce la cancosa figura
de Job el idumeo.
Su lacerada carne despréndese a pedazos
bajo los picotazos de un buitre,
par de aquél que sobre un monte
—ya hendido el pecho—
le sorbió la sangre rebelde a Prometeo.

Daleth

Satán el envidioso te hirió
y caíste de la próspera cumbre al abismo,
y midió tu heroísmo, en tu ser,
todo el pávido horror de tu sima interior:
el desdén que degüella a cercén la esperanza,
y el olvido que avanza, que avanza
con las fauces sedientas
y su séquito de ortigas hambrientas.

He

Fué la luz ascua odiosa
a tu pupila turbia y ulcerada.
Ni la mano sedosa de la noche,
ni el alba nacarada palparon dulcemente
para el dormir o el despertar,
tu párpado roído por el llanto voraz
que fluyó gota a gota, en el silencio oscuro;
como el aceite impuro que se desliza, entre cripta fatal,
de una lámpara rota
que en el muro agoniza.

Encarnaba su ser los martirios humanos,
 y con sus flacas manos plasmaba sin querer,
 entre negra tortura,
 la crispada figura del pesar irredento;
 musitaba el lamento sin fin
 de su amargura,
 al sonar de su horrible cadena,
 y la pena fluía cruel,
 como un hilo implacable de hiel
 sobre el labio tostado y sangriento,
 sediento de caricias y miel.
 ¡Oh gigante sufrir! ¡Oh velado gemir sin testigos!
 ¡Oh mentir de esperanza! ¡Oh mentir de sonrisas y amigos!
 Vuelva, ¡oh Job! tu rugir de león, tu imperiosa demencia,
 tu solemne valor, el sereno saber de tu ciencia
 y el secreto cordial de tu férvido amor:
 porque todo creador en su seno
 recata un dolor como el tuyo, inmortal...

Fácil es advertir, bajo el transparente simbolismo de los trenos de *Job*, el grito desencantado de Valencia ante la deserción de muchos de los amigos de ayer, que un día quisieron encumbrarlo, sobre el pavés de las ideas, a las más altas preeminencias del Estado.

Ni faltan en su inspiración, como breves relámpagos de luz que la relievan, los toques inconfundibles de un dadaísmo racional o de un suprarrealismo equilibrado y metódico.

No podía estar ausente de su versatilidad prodigiosa, la capacidad, que en él fue un don, de traducir a nuestro idioma las creaciones en ajenas lenguas; en este particular, muy pocos lo igualan en castellano.

Por demasiado conocidas, prescindimos aquí de sus versiones del latín, del inglés, del catalán, del portugués o del italiano, para ofrecer una muestra de sus adaptaciones al verso, de esa maravillosa colección de motivos orientales vertidos a la prosa francesa por Franz Toussaint.

LA ROSA ROJA

(Li-Tai-Po)

Está el guerrero ausente.
Su amante compañera
—el corazón henchido
de lánguida tristeza—
borda una rosa blanca
sobre un cojín de seda.
Pínchase. De su mano
fluye la sangre trémula
que al punto en encarnada
la rosa blanca trueca.

Su alado pensamiento
va a él, se hunde en la guerra:
¡Quién sabe si su sangre
las nieves enrojezca!
Aún el galope escucha
de algún corcel que llega.
¿Será por fin su amado?
¡No es él! Es que golpea
con ritmo presuroso
su corazón en pena.

Ella se inclina entonces
sobre el cojín de seda
y va bordando en plata
sus lágrimas que ruedan
y esmaltan la frescura
de aquella flor sangrienta.

Adrede no aparecen en estas apresuradas líneas, que intentaron recordar al Maestro en la fecha aciaga de los quince años de su muerte, alabanzas del hombre, del orador y del prosista. Quede para otra pluma o para otra oportunidad, tejer los elogios sobre estas facetas, no menos luminosas que atrayentes, del escritor epónimo.